



CHARLIE HUSTON

SIN DOMINIO

Joe Pitt no ha tenido un caso en mucho tiempo y sus reservas se están agotando. ¿Qué reservas? Las únicas que cuentan para alguien como Joe: sangre y dinero.

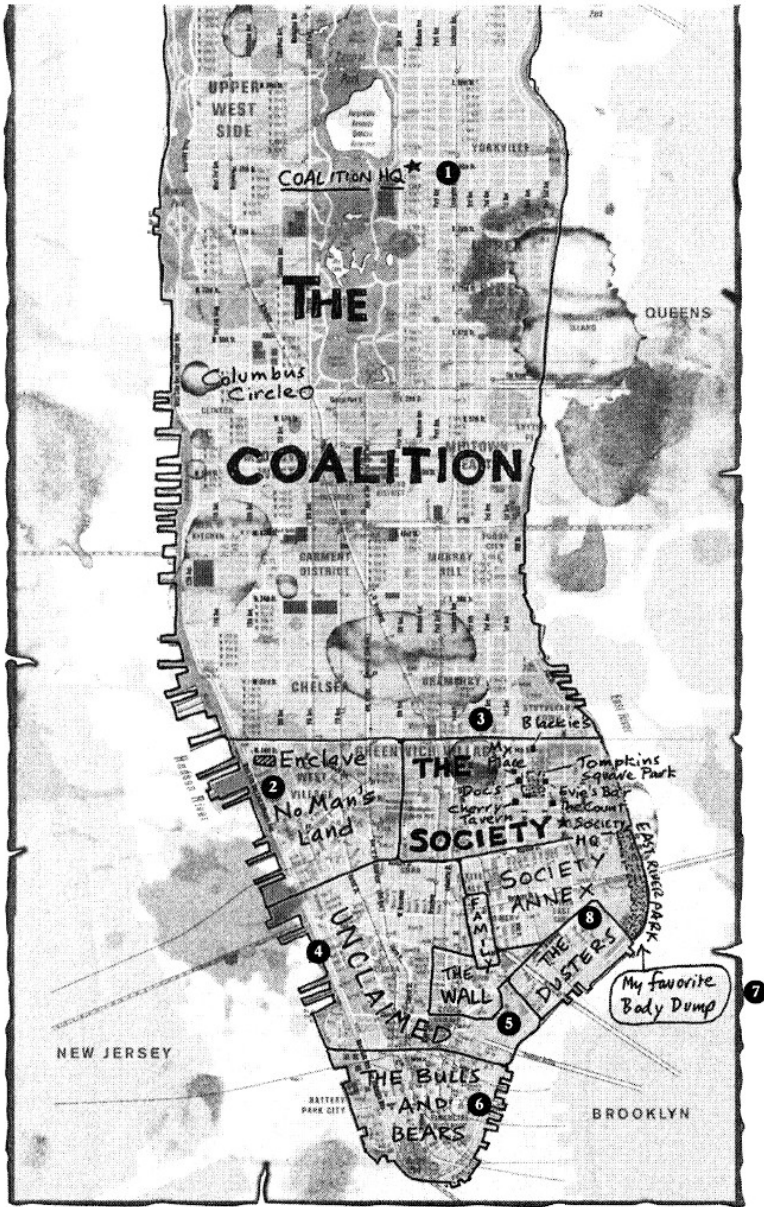
Pero descubre que hay una nueva droga en la calle que podría dar a los vampiros de Nueva York una publicidad indeseada. La droga, «anatema» parece que viene de Harlem y el jefe de La Sociedad le encarga que investigue su origen.

Por desgracia, eso significa que Pitt debe salir de su territorio e internarse en el de la temida Coalición y en El Barrio de los vampiros negros... para verse atrapado en la encarnizada lucha entre dos clanes rivales.

*Para Bob Wilkins y sus Creature Features
del viernes por la noche.*

*Gracias por mantenerme despierto hasta
tarde y espantarme los fantasmas.*





1. Cuartel general de la Coalición
2. Tierra de Nadie
3. Mi casa
4. Zona no reivindicada

5. El Muro
6. Los Toros y los Osos
7. Mi sitio favorito para tirar cuerpos
8. Los Barrenderos

El cristal se ha roto

Pero eso no es lo raro, lo raro es que no se haya hecho añicos cuando el tío este me ha estampado contra la vidriera. No me sorprende, porque cuando inauguraron este local, el primer año, abrieron varias ventanas en la fachada y les pareció rentable gastarse un dinero extra en cristales de seguridad para no tener que cambiarlos cada vez que hubiera una trifulca, lo cual sucede con cierta frecuencia, imagino. Y no es una crítica, porque de no ser por el tío que tuvo la brillante idea, en este momento estaría en la acera con mi chaqueta de piel buena hecha jirones y con varios tajos de diseño tan nuevo como interesante en el rostro. Pero ahora se ha roto del todo, y lo sé porque tengo la cara estrujada contra la ventana. Lo que me pregunto es si será de esos cristales de seguridad que estallan en miles de bolitas o de los que se rompen en esquirlas. Las bolitas estarían bien; las esquirlas no tanto. La ventana cruje y, delante de mis ojos, van apareciendo unas grietas diminutas.

Bueno, ya vale con el cristal, ahora hay que quitarse a este tío de encima. No puedo esperar ayuda de los camareros o de la clientela, que ya le han visto machacar al «gorila» con el taco de billar, y en este momento no distingo afuera a ningún servicial agente de policía, aunque no tengo la menor intención de quedarme si aparece la pasma. Me temo que estamos él y yo. Muy bien, no necesito a nadie; no soy nuevo en absoluto. Eso sí, hubiera preferido que él estuviera bajo los efectos del PCP, porque habría si-

do más fácil de manejar, pero este negocio va a requerir su gracia y su estilo, incluso su poquito de tacto.

El tío me aprieta la cara con más fuerza contra la vidriera. La gente que va por la calle se horroriza viendo mis facciones aplastadas contra el cristal, que vuelve a crujiir, razón por la cual las grietas se ensanchan otro milímetro. El sigue dando gritos, parloteando como un demente con toda la fuerza de sus pulmones, con un volumen que prácticamente me impide oír a Boxear Willie cantando *Dieciséis toneladas* en la gramola:

*You load sixteen tons and what do you get?
Another day older, and deeper in debt.*

*(Cargas dieciséis toneladas, ¿y qué sacas?
Un día más de deudas y uno menos de vida).*

¿No es la puta verdad?

Está rabioso porque no atravieso el vidrio de los cojones con la cabeza, que es lo que él quiere; por eso, para reunir fuerzas, se echa hacia atrás, momento que yo aprovecho para, sin darle tiempo a que me estrelle, girar un poco a la derecha, retorcer el brazo para librarlo de su presa, con una mueca de dolor porque me está arrancando un mechón del cuero cabelludo, engancharle con el pie derecho por detrás de su rodilla izquierda y meterle con el codo en la nuca. Ahora soy yo quien le estrella la cara contra el cristal. El público de la calle se dispersa al verlo aterrizar en la acera. Paso por el agujero de puñales que ha dejado al atravesarlo. O sea, que eran esquirilas.

Cuando salió de los aseos ya iba como un poseso.

Antes me había pasado inadvertido. ¿Y por qué no? Yo no estaba trabajando, no tenía más obligaciones que con-

centrarme en el contenido de mi vaso, en el cigarrillo que llevaba en la boca, en la mesa de billar que tenía delante y en la chica que tenía al lado. Sobre todo en ella. ¡Una chica así, que atraía el interés de casi todos los presentes! ¿Quieres ser invisible? Ve por ahí con una chica como Evie, con esa melena pelirroja y ese cuerpo destinado a despertar admiración a tiempo completo, sin vacaciones ni fines de semana. Y con esa sonrisa. Es de las que todos los tíos miran, aunque la mayoría no se atreva a acercársele. Peor para ellos; se pierden la mejor parte, la Evie audaz, divertida, aguda y realista. En resumen, una chica así de tu brazo te eclipsa como si fueras el típico gilipollas que ha tenido la suerte de encontrar un sitio privilegiado para contemplar la hermosa panorámica.

Así que en una noche fría como esta, en la que Evie lleva sus pantalones de cuero y su vieja camisa térmica muy ceñida y con la etiqueta de Jack Daniel's serigrafiada en la delantera; en la que se me pega al muslo y todos los tíos del bar quisieran estar en mi puesto; en una noche como esta, digo, ¿puede sorprender que no haya olido al tío desde que entró por la puerta?

Cualquier otra noche habría captado el aroma en el acto. No se me podía pasar por la sencilla razón de que huele como yo, solo que distinto. Pero con el Early Times recorriéndome el gaznate, las caladas de Lucky y Evie refrotándose contra mí, estaba en la gloria. Aún así no habría pasado mucho tiempo, por muy distraído que yo estuviera, sin que lo calara; lo que no necesariamente habría supuesto un altercado; habríamos intercambiado miradas, nos habríamos olfateado el culo como dos perros grandes, pero sin hacernos nada, y menos allí, con todo el mundo mirando. La jodienda esta no habría ocurrido. Pero el caso es que yo estaba alineando una tacada limpia que me iba a permitir vaciar la mesa, cuando el tío salió del retrete y se puso a hacer el loco.

Y no salió haciendo eses como un yonqui corriente y moliente que ha ido a chutarse al retrete; no, él salió como el Demonio de Tasmania: moviéndose hacia todos lados, haciendo aspavientos con los brazos, emprendiéndola a patadas con todo lo que se le ponía delante y haciendo saltar por los aires gente y mesas. Como un cencerro. Mientras se hacía el vacío a su alrededor, él continuaba balbuceando y echando espumarajos por la boca. El «gorila», un buen tío apodado «El máquina», se acercó para hacerle entrar en razón.

—Venga, hombre, calma. Tú, tranquilo. Has tomado una dosis de alguna porquería, pero ahora te echamos una mano. Ya vienen los del 911, que te van a llevar a urgencias para sacarte esa mierda del cuerpo. Tú, tranquilo.

Se movía lentamente, con los brazos abiertos, hablando con dulzura, pero lo mismo le habría dado decírselo a un perro rabioso. El tío se detuvo el instante imprescindible para saltar sobre «El máquina», moviendo el brazo como una cachiporra y con una rapidez impresionante. Por suerte, «El máquina» cayó de culo fuera de su alcance. El brazo del tío dio contra el respaldo doble de dos bancos pegados y se los cargó. Entonces, se puso otra vez a dar vueltas, pero la gente ya se había apartado y yo empezaba a interesarme. «El máquina» retrocedió, ya en pie, mascullando no sé qué sobre el *puto PCP*, agarró de la estantería uno de los tacos de la casa, torcidos y llenos de rajaduras, y fue a por el tío. A esas alturas, yo había percibido un tufillo inequívoco y sabía que la cosa no iba de PCP. Mejor habría sido para «El máquina». Entiéndase, no sabía de qué iba el pavo aquel, pero sí que no necesitaba PCP, porque en sí mismo era ya peligroso como un demonio.

«El máquina» esperó a que, en una de sus vueltas, le diera la espalda y le pegó con el taco en la cabeza. Se oyó un sonido convincente, pero antes de que «El máquina» tuviera tiempo de enorgullecerse de sí mismo o tal vez de plantearse enarbolar el taco para descargar un nuevo gol-

pe, el tío se volvió, le arrebató el taco, tiró al «gorila» al suelo de una patada en las piernas y se puso a comprobar cuánto se tarda en destrozar un palo golpeando la cara de un ser humano. En ese momento comprendí que debía actuar. Y no porque «El máquina» sea amigo íntimo, que solo lo conozco de saludarlo por su nombre al entrar, pero el Loco estaba descontrolado y montando una escena de las que no benefician el negocio. Si no intervengo yo, intervendría la policía y muy pronto la cosa se pondría muy fea. Nada llama más la atención que un grupo de policías pegándole tiros a un tío que no se desploma. Claro, tanto la policía como «El máquina» o la prensa se limitarían a achacárselo al PCP, pero otros se enterarían y querrían verificarlo, y yo no deseo a esa gente cerca, aquí abajo, en mi vecindario. Así que salté a la espalda del tío con la intención de derribarlo, hacerle una llave de adormecimiento y sacarlo a rastras, para luego contarle a la gente la bola de que yo me encargo porque lo conozco. Sacarlo antes de la llegada de los polis, llevarlo a un lugar discreto y deshacerme de él antes de que vuelva a montar otra escenita. Ese era el plan, pero él se zafó de mí bajando los hombros, me levantó del suelo y me pegó contra la ventana. Cuando yo reboté del cristal en vez de atravesarlo como él esperaba, me agarró del pelo para estrellarme. Por fortuna, a pesar de que es fuerte y rápido, también es un pésimo luchador.

Teniéndolo ya en la acera, gestiono el asunto como había pensado hacerlo dentro. Con las rodillas en el centro de su espalda, le sujeto al asqueroso pavimento y le rodeo la tráquea con un brazo para cortarle el O₂ hasta dejarlo amodorrado. Monta todo un número de pataleo que me obliga a presionar bien fuerte para que no me tire como un caballo, pero una vez afianzado sobre él no pienso irme a ningún sitio. Cuando, ya dormido, comienza a portarse bien, me lo

echo al hombro y hago una seña a una de las camareras que ha salido a la calle para ver cómo acaba la cosa.

—Párame un taxi, ¿quieres?

—La ambulancia ya viene hacia aquí.

—Déjala para «El máquina». A este, lo conozco y lo voy a llevar a su centro de rehabilitación, a ver si puedo sacarlo del lío.

—¿Y qué pasa con la policía? ¿Y con la ventana?

—Venga, mujer, te he sacado al tío del local, dame un puto respiro.

—Sí, bueno.

Hace señas a un taxi.

El taxista no parece muy contento de verme entrar con un sujeto goteando sangre, pero como advierte que yo no estoy de humor para debates, se limita a darme un trapo sucio para tapar la cara del Loco. Antes de arrancar, viene Evie corriendo, con mi tabaco y mi Zippo y me los pasa por la ventanilla.

—¿Quieres que vaya?

—No, estoy cubierto.

—¿Nos vemos en tu casa?

—Sí, dentro de media hora como mucho. ¿Estás bien?

—No empecemos.

—Es verdad, perdona esto.

—Vale, Joe. Desde luego, no se puede decir que no sepas distraer a una chica.

Dentro del taxi, el Loco empieza a volver en sí, por eso le aprieto el esófago antes de que se ponga a dar la lata. Le he dicho al conductor que nos lleve a un complejo de viviendas subvencionadas que hay en Baruch, justo debajo de la Houston. Son unas dos manzanas que yo considero zona segura porque nadie las reivindica, un sitio ideal como vertedero improvisado. Me las compongo para subir al Loco por la escalera de la cinta peatonal que conecta el

Franklin D. Roosevelt con el East River Park. Son casi las dos de la madrugada de un martes. Los coches pasan zumbando por debajo, pero ya hace horas que apagaron las luces de la zona de juegos del parque. Mis pupilas penetran la oscuridad bastante bien. Hace demasiado frío para ver vagabundos acampados; no obstante, distingo lo que parecen dos yonquis en un banco al fondo del parque, pero están de cara al río. Me detengo al final de la escalera de cemento que baja hasta el parque.

El Loco sigue vivo y apestando a sangre, cosa que me da qué pensar. Cómo me gustaría recoger unas dos pintas y guardarlas en el frigo de casa para rellenar mi suministro, que mengua a toda velocidad; lo malo es que su sangre, lejos de sentarme bien, me pondría malísimo y acabaría matándome. Bien que lo sé por lo que olí en el Doc Holiday's: olor al Virus, el mismo que despidió yo. No obstante, aún me atrevo a husmear otra vez. Coño, a ver si estoy equivocado y olí a otro Vampiro que andaba por allí y este tío está de verdad hasta las cejas de PCP. Inhalo. No, no hay suerte. Es un triste gilipollas como yo, pero hay algo hasta cierto punto distinto en su olor. Tal vez por lo que estaba tomando en los aseos. En todo caso, desde el momento en que le ha entrado en la corriente sanguínea, tiene que ser una mierda terrible que el Virus no es capaz de neutralizar. Ya me gustaría saber qué; estaría bien probar alguna vez algo que me distrajera. ¡Cristo!, pero esta noche he bebido casi un litro de bourbon y ni lo noto. El Loco se agita en mis brazos. Volvamos a lo que nos ocupa.

Procedo a romperle el cuello y a empujarle escaleras abajo hasta que aterriza. El cuello roto no le matará del todo como a las personas normales. Cuando le rompes el cuello a una persona normal, el bulbo raquídeo deja de comunicarse con el cuerpo y se paralizan todas las funciones mecánicas; por ejemplo, el ensanchamiento de los pulmones para respirar y los latidos del corazón, pero el Virus reprograma el organismo, hiperoxigena la sangre y hace

otras muchas cosas que ni siquiera conozco. El Loco no puede levantarse ni nada, pero tiene suficiente O_2 en el cerebro para estar lúcido varios minutos. Probablemente lo pasará bien porque está colocado.

Me pongo un cigarrillo en la boca, lo enciendo y vuelvo sobre mis pasos por el puente. Tengo que caminar hasta la Avenida B para encontrar un taxi, pero todavía estoy a tiempo de llegar a casa pocos minutos después de lo que me había propuesto.

No es que vayamos a dormir.

Evie es camarera y está acostumbrada a irse a la cama de madrugada. Hasta cuando libra, le cuesta dormirse antes de que el sol asome por el horizonte. En cuanto a mí, tengo mis motivos para ser ave nocturna. Aún así, al día siguiente nos levantamos pronto, para nosotros claro, digamos antes del mediodía, porque Evie tiene una cita.

Cuando ella se zafa de las sábanas, cojo un cigarrillo.

—¿De qué va hoy?

—Los resultados de la carga viral.

—Ya.

Me siento en el borde la cama, fumando y observando a Evie a través de la puerta abierta del baño cómo se lava los dientes y escupe la pasta en el lavabo. Luego, vuelve al dormitorio.

—¿Tienes síntomas nuevos?

—No. Náuseas, vómitos, lo de siempre.

—Ya.

Se pone en cuclillas junto a una bolsa negra y grande que hay en el suelo, dándome la espalda. Lleva unas bragas y una camiseta sin manga de las mías, bastante ajada. Le miro el culo mientras hurga en la bolsa.

—¿Cuánto bebiste anoche?

Continúa hurgando en la bolsa.

—Bastante menos que tú.

—Es distinto.

—Ya lo sé.

Encuentra un frasco y pesca una cápsula. Luego vuelve a buscar hasta que encuentra otro, y esta vez las cápsulas son dos. Se echa las tres a la boca y extiende la mano hacia mí, que le acerco el vaso de agua de la mesilla para que las trague.

—¿No deberías tomar el Kaletra con algo de comida?

Se enfunda los mismos pantalones de cuero que llevaba anoche.

—No tengo hambre.

—¿No tienes hambre ahora?

Cuando se quita la camiseta de hombre, me quedo mirándole las tetas blancas y pecosas hasta que se cubre con su camisa de Jack Daniel's.

—No tengo hambre y ya está.

—Pero ¿no tienes como cuando no tienes o como efecto secundario?

Delante del espejo interior de la puerta del armario, comienza a cepillarse el pelo.

—No tengo hambre como cuando me apetece una mierda comer, ¿vale?

—Claro que vale.

Me levanto y me cierro en el baño. La imagen que veo en el espejo no es buena. Me echo agua en la cara y tiro de la cadena innecesariamente. Abro la puerta, vuelvo a la cama y cojo otro pitillo del paquete que hay sobre la mesilla. Evie se ha recogido el pelo en una cola de caballo y se pone su enorme chaqueta negra de motera, toda cremalleras y broches. Enciende el cigarrillo.

—¿Vas bien abrigada?

Levanta una mano.

—Suficiente.

—Yo pregunto.

—Y yo te contesto. Ya sé que te preocupas y que me cuidas, y no creas que no lo valoro. Ya sé que no es normal

en ti, pero me gustaría dejar de llevarte subido a la chepa.

Se acerca, se inclina y me da un beso. Luego coge la bolsa y sube las escaleras que conducen al piso de arriba.

—Es que quiero que te cuides, cielo.

La hemos liado. Se detiene en los escalones, deja caer la cabeza, resopla ruidosamente y se vuelve.

—Ya me cuido, Joe. Me cuido como yo quiero cuidarme, lo que significa que si me apetece tomar un par de copas arriesgándome a que me suba el azúcar, pues las tomo, y que si las medicinas me quitan el apetito, no pienso obligarme a comer. ¿Vale? ¿Te vale a ti? Porque si no, ya sabes lo que puedes hacer. No hay compromisos, Joe. ¿No es ese tu lema? Tú no estabas cuando cogí la enfermedad y no espero que estés cuando la enfermedad me mate. Si mientras tanto quieres involucrarte en mi vida, ya sabes, no tienes más que involucrarme en la tuya. Hasta entonces deja de dar el coñazo, que ya me lo da bastante mi madre. No lo necesito también de mi *novio*.

Sube pisando fuerte y da un portazo arriba, al salir.

Me desplomo en la cama, dando una calada profunda al cigarrillo, y, mientras dirijo el humo hacia el techo, sonrío. No puedo evitarlo, me encanta que me llame *novio*, pero solo me lo llama cuando se cabrea.

Ya sé que es jodido provocar a tu chica, que tiene anticuerpos del sida, para que se mosquee, se le olvide que no sois una verdadera pareja y te llame *novio*, pero es que toda nuestra relación es bastante jodida. Empezando porque no hacemos el amor. Ella se atormenta y arrastra una enorme bola de culpa porque estoy con ella aunque no follemos. Yo lo comprendo, porque no hace falta ser una lumbrera para comprenderlo. Le aterroriza contagiarme. Condones, barreras de látex para la boca, todo le parece poca protección para que nuestra intimidad vaya más allá de los besuqueos, las mamadas o las mutuas masturbaciones ocasiona-